



Capítulo 112 - Muchos ojos observando

La cámara temblorosa de una transmisión televisiva demoníaca mostró imágenes granuladas de la arena. El locutor, con una voz desbordante de dramatismo, narró la derrota de Magnus Phenex con ferviente entusiasmo.

"¡Fue un momento sin precedentes en la historia de las grandes batallas demoníacas!", exclamó mientras la pantalla mostraba a Vergil en todo su esplendor, con Zuri devorando tranquilamente los restos del fénix al fondo. "Magnus Phenex, heredero de un linaje Arconte, fue humillado por completo por este hombre: ¡Vergil Agares, Baal y Sitri! La pregunta que todos se hacen es: ¿quién es exactamente este misterioso combatiente?"

La escena cambió a entrevistas con demonios atónitos entre el público.

"Es como un dios... ¡o quizás un demonio aún más grande!", dijo un joven de cuernos cortos y expresión aterrorizada.

"¿Vergil? Nunca había oído hablar de él, pero ahora... ¡parece que todo el infierno no deja de hablar de él!", exclamó una mujer de piel oscura y ojos ardientes.

La televisión cambió de nuevo y mostró titulares dramáticos:

"¿El nuevo heredero del infierno?"

****"Virgilio: ¿Un trono para tres linajes?"****





"¿Tres hermosas esposas demoníacas?"

¡Tres de las cuatro mujeres más hermosas del infierno dominadas por un solo hombre! ¡¿Quién es Vergil?!"

***¡El discípulo de Sapphire Agares es en realidad su yerno! ***

Vergil estaba sentado en un sofá en el gran salón de su mansión, mirando la televisión con expresión de total desconcierto. Sus esposas, Katharina, Roxanne y Ada, estaban dispersas por la sala, viendo las noticias con reacciones que iban desde la diversión hasta el orgullo.

Frunció el ceño y señaló la pantalla.

"¿Alguien puede explicarme cómo carajo —literalmente— hay televisión aquí?"



Roxanne, recostada en el sofá junto a él, se rió tanto que casi derramó su copa de vino. "Ay, cariño... ¿De verdad no lo entiendes?"

"Entiendo que estamos en el Infierno", replicó Vergil, "y que este lugar debería ser, no sé, más medieval! Ya sabes... fuego, azufre, cadenas... no... esto". Señaló el televisor, que ahora transmitía un extraño anuncio de pociones energéticas.

Ada, elegantemente sentada en un sillón, sonrió con dulzura. «Aún tienes tantas ideas humanas», comentó, casi riendo. «El infierno ha evolucionado. ¿De verdad crees que los demonios, con toda su ambición y creatividad, se quedarían atrapados en una era de oscuridad? Tenemos tecnología».



—¿Pero cómo funciona? ¡Ni siquiera hay satélites aquí abajo! —Levantó las manos, visiblemente exasperado.

En ese momento, Viviane, la siempre diligente doncella de Vergil, entró en la habitación con una bandeja de té. Era una figura reservada, con el cabello plateado recogido en un moño y una postura impecable.

—En realidad, mi señor —comenzó, dejando la bandeja sobre la mesa—, es muy sencillo. Las señales de radio y televisión en el Infierno se transmiten mediante un sistema de energía arcana creado por brujas, conectado a los flujos mágicos residuales que impregnan el Inframundo. Es una fusión de tecnología mortal y magia demoníaca.

Vergil parpadeó, procesando la información. "¿Energía arcana? ¿Para televisión por cable?"

Viviane hizo una ligera reverencia. "Exactamente. Y los celulares también funcionan aquí, si recuerdas. La señal se amplifica mediante cristales infernales que actúan como antenas, permitiendo que incluso los rincones más remotos del Infierno reciban transmisiones de alta calidad. Bastante ingenioso, si se me permite decirlo."

Katharina rió, agarrando el brazo de Vergil y acercándolo más. «Amor mío, te has vuelto poderoso, pero a veces eres tan... anticuado. Es adorable».

Vergil la miró con cansancio, pero no pudo evitar sonreír levemente. "¿Y sabías de esto?"

"Claro que lo sabía", respondió encogiéndose de hombros. "Incluso he aparecido en algunas de estas transmisiones. Soy modelo en el Infierno, ¿sabes? El público me adora. Hubo un especial sobre herederos





prometedores. Aunque a mi madre no le importa, a veces los demonios de Agares necesitan que les recuerden que somos los dueños del lugar".

Roxanne se inclinó hacia delante con una sonrisa pícaro. "Y ahora estamos aquí, casadas con el hombre más famoso del Infierno. ¿No es irónico?"

"Todavía estoy procesando el hecho de que tenemos algo así como una televisión demoníaca", murmuró Vergil, mirando hacia la pantalla donde un comentarista estaba gesticulando dramáticamente, discutiendo la "grandeza incomparable" de su victoria.

Viviane, siempre pragmática, se ajustó las gafas y respondió: «El progreso no se detiene, ni siquiera en el Infierno, Lord Vergil. La cultura demoníaca se rige por el estatus y la influencia. ¿Qué mejor manera de mostrarlo que a través de los medios de comunicación?».

"Es un arma", añadió Ada, con voz serena pero cargada de significado. "En el Infierno, los medios de comunicación son más una herramienta de poder que de entretenimiento. Una imagen transmitida a millones puede ser tan letal como una espada, sobre todo en manos de Paimon".

Vergil suspiró, recostándose en el sofá. "¿Así que ahora soy una celebridad demoníaca? Perfecto. Justo lo que necesitaba."

"Podría prescindir de ello", dijo, aunque su leve sonrisa delató su diversión.

Viviane volvió a recoger la bandeja e hizo una ligera reverencia antes de marcharse. «Si necesita más información sobre la infraestructura del Infierno, estoy a su disposición, mi señor».





Al irse, Katharina acercó a Vergil y apoyó la cabeza en su hombro. «Puede que ahora lo odies, pero es lo mejor. Con tres clanes a tu nombre, eres prácticamente intocable en el Inframundo. Además, ahora tienes inmunidad contra cazadores de demonios, exorcistas y similares, gracias al pacto de no agresión con las casas nobles».

—Sigue siendo molesto —se quejó, aunque con un deje de aburrimiento en la voz—. Hay más de doscientos periodistas afuera.

Ada se levantó y se acercó a la ventana para contemplar el oscuro horizonte del Infierno. «Bueno, ahora tienes algo más grande que una simple victoria. Te están mirando, Vergil. Todas las miradas».

Al mirar afuera y ver a los paparazzi espiando la mansión, Vergil murmuró: «Estos tipos no tienen límites». Con un gesto de las manos, levantó un enorme muro de sangre sólida alrededor de la propiedad.

—¿Cuándo aprendiste a solidificar la sangre? —preguntó Ada con curiosidad mientras se giraba hacia él.

"Vi a tu insolente madre hacerlo, así que la copié", dijo Vergil encogiéndose de hombros.

"Podrías haberme pedido que te enseñara", hizo pucheros Ada.

"Lo sé, cariño, pero como dije, solo lo vi y lo copié", respondió, encogiéndose de hombros nuevamente con indiferencia.

"Hablando de eso, siento que falta alguien. Tu madre es un demonio que cumple su palabra, ¿verdad?", le preguntó a Ada.





—Bueno, ella es una mujer de palabra... aunque es una absoluta fanática de las espadas —respondió Ada.

"Ya veo. Esperaré a que ella me entregue su alma personalmente entonces. Un trato es un trato", dijo con una sonrisa pícara.

Antes de que pudiera continuar, una joven entró en la habitación. Medía aproximadamente 1,45 m, tenía el cabello negro y vestía un vestido morado oscuro con detalles plateados y una flor de loto prendida en el pelo.

"Mmm, te ves preciosa. ¿Te gusta este atuendo?", le preguntó Vergil a Alice, quien no podía hablar, aunque su expresión lo decía todo. Ella asintió y esbozó una leve sonrisa.

"Ni siquiera se parece a la niña que estaba cubierta de heridas. Viviane hizo un gran trabajo", comentó Katharina. "Aunque no me gusta tenerla aquí... no me robará a mi marido".



Vergil se acercó a Alice, arrodillándose para mirarla a los ojos. Le apartó suavemente un mechón de cabello y sonrió. «Eres fuerte, Alice. Has pasado por mucho, pero ahora estás en casa. Nos aseguraremos de que algo así no vuelva a ocurrir».

Alice lo miró con admiración y, por un breve momento, su pequeña sonrisa se amplió cuando él le acarició suavemente la cabeza.

—La estás malcriando —comentó Katharina, con un tono más ligero ahora, aunque sus ojos todavía observaban a Alice de cerca.



—Se lo merece —respondió Vergil simplemente, sin apartar la vista de la chica.

Roxanne, siempre propensa a sus comentarios provocativos, se estiró en el sofá y rió. "Sabes, cariño, si sigues siendo tan considerada, esta casa se va a llenar de huérfanos adoptados".

Ada, aún de pie junto a la ventana, le lanzó a Roxanne una mirada significativa. "Solo está haciendo lo correcto. No hay nada de malo en proteger a los vulnerables... aunque esta niña desconfía bastante."

Viviane entró en la habitación en ese momento, con una bandeja de té y pastelitos. Miró a Alice con satisfacción antes de hablar.

Me alegra que le guste el vestido, señorita Alice. Fue hecho especialmente para usted. Quiero que sepa que esta casa es un lugar seguro donde puede ser quien quiera ser.



Alice respondió con otro pequeño asentimiento y delicadamente tomó uno de los pasteles que Viviane le ofreció.

Vergil se levantó y miró a Viviane. «Realmente has superado mis expectativas, Viviane. Gracias por cuidarla tan bien».

Viviane hizo una modesta reverencia. «Es mi deber, mi señor. Y debo decir que la señorita Alice posee una admirable fuerza interior. Aquí le irá muy bien».

—Ahora... ¿por qué hablas así, espíritu maligno? —preguntó Vergil de repente, dejando a Viviane paralizada.



—Mi señor, no tengo idea de qué está hablando —respondió ella, manteniendo la compostura, aunque había una leve aprensión en su voz y una gota de sudor comenzó a deslizarse por su sien.

Vergil arqueó una ceja, claramente poco convencido. "Oh, de verdad que no, ¿verdad?"

Antes de que Viviane pudiera responder, Roxanne intervino con una sonrisa maliciosa, todavía descansando en el sofá con un pastel medio mordido en la mano.

"Ahora tiene miedo", comentó Roxanne, señalando a Viviane con el tenedor como si revelara un secreto que guardaba desde hacía mucho tiempo. "Porque antes tenía más confianza, decía lo que quería, actuaba como una fuerza de la naturaleza. Pero ahora, después de que derrotaste a Magnus, está nerviosa. Creo que le preocupa que decidas vengarte de ella".

Viviane apretó los labios y su expresión neutra delató una pizca de incomodidad.

"¿Ah?" Vergil se inclinó ligeramente hacia adelante, apoyando la barbilla en la mano con una sonrisa que era a partes iguales curiosa y ligeramente burlona. "Fufufu~". Su suave risa resonó por toda la habitación.

Reclinándose en su silla, volvió a relajarse. «Bueno», dijo con tono despreocupado, «haz lo que quieras, Viviane. No me importa... siempre y cuando sigas cuidando bien de Alice».

Viviane respiró hondo y recuperó su postura serena habitual. "Por supuesto, mi señor. Alice seguirá recibiendo la mejor atención que esta casa puede ofrecer."





JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

—Ahora —dijo Vergil, volviendo la mirada hacia la niña—, abordemos un problema que llevo días queriendo solucionar... Pequeña Alice, vas a hablar de nuevo.

